

Arturo y Clementina

de Elsa Barin y Nella Boschi



Editorial Lumen

DATOS BIBLIOGRÁFICOS:

Autora: Adela Turín

Ilustradora: Nella Bosnia

Título original: Arturo e Clementina

Traducción: Humpty Dumpty

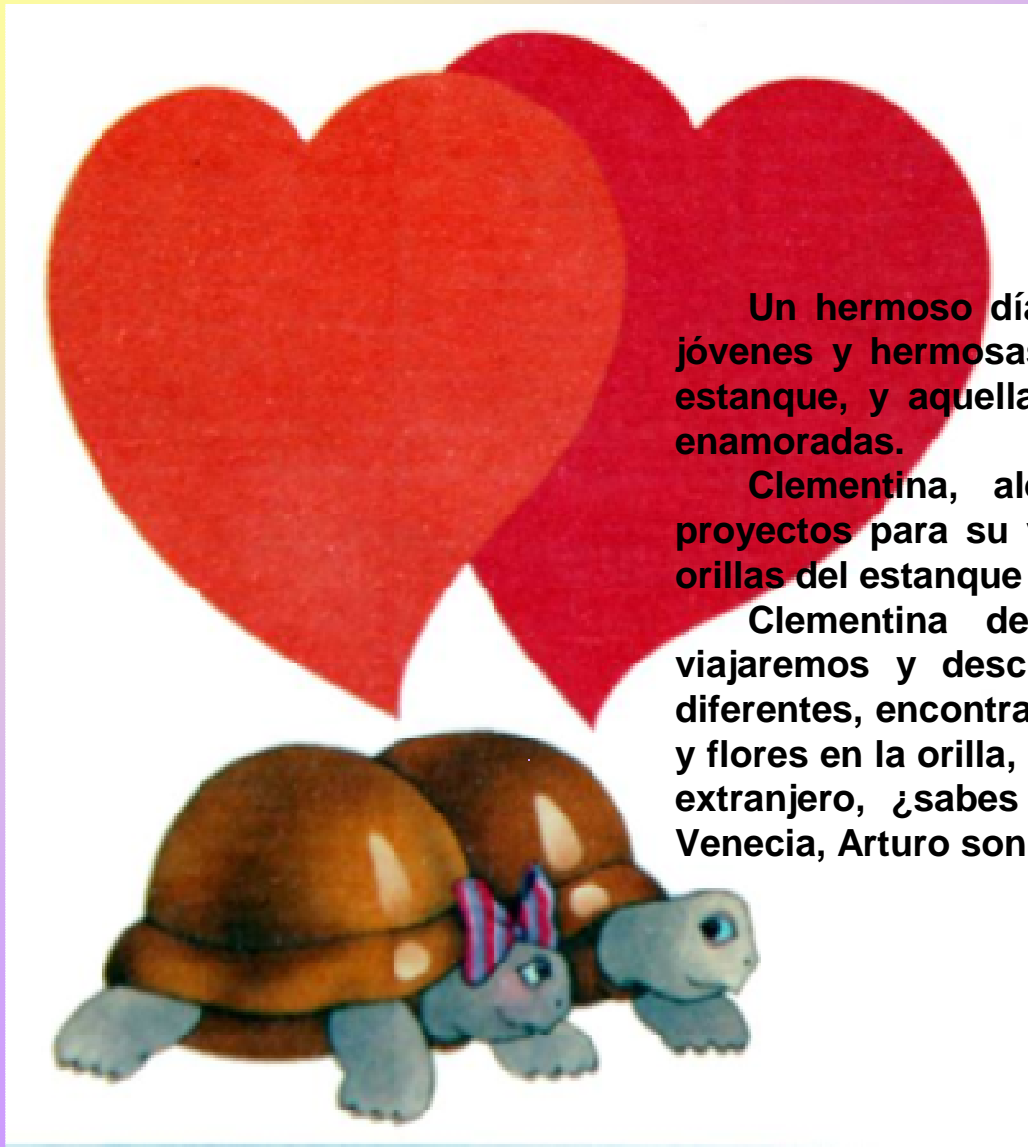
Editorial: Lumen

Primera edición: 1976



TE INVITAMOS A LEER EL CUENTO:

ARTURO Y CLEMENTINA



Un hermoso día de primavera Arturo y Clementina, dos jóvenes y hermosas tortugas se conocieron al borde de un estanque, y aquella misma tarde descubrieron que estaban enamoradas.

Clementina, alegre y despreocupada, hacía muchos proyectos para su vida futura, mientras paseaban los dos a orillas del estanque y pescaban algunas cosillas para la cena.

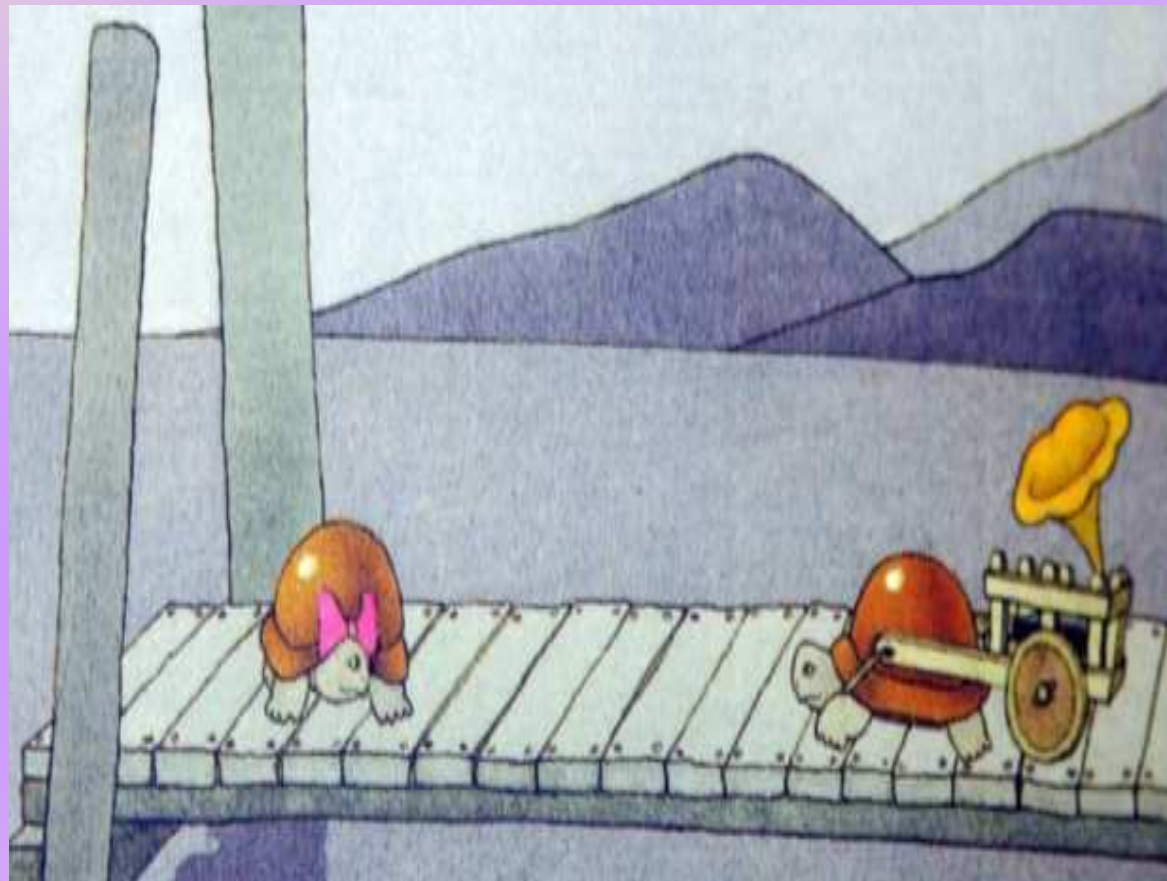
Clementina decía, “Ya verás qué felices seremos, viajaremos y descubriremos otros lagos y otras tortugas diferentes, encontraremos otra clase de peces y otras plantas y flores en la orilla, ¡será un vida estupenda! Iremos incluso al extranjero, ¿sabes una cosa?, siempre he querido visitar Venecia, Arturo sonreía y decía vagamente que sí.



Pero los días transcurrieron iguales al borde del estanque. Arturo había decidido pescar él solo para los dos, y así Clementina podría descansar.

Llegaba a la hora de comer con renacuajos y caracoles y le preguntaba a Clementina, ¿cómo has estado cariño, la has pasado bien?, y Clementina suspiraba. “Me he aburrido sola todo el día esperándote” ¡Aburrido! Gritaba Arturo indignado. ¿Dices que te has aburrido? Busca algo que hacer. El mundo está lleno de ocupaciones, sólo se aburren los tontos. A Clementina le daba vergüenza ser tonta y hubiera querido no aburrirse tanto, pero no podía evitarlo.

Un día cuando volvió Arturo, Clementina le dijo, “Me gustaría tener una flauta, aprendería a tocarla, inventaría canciones y eso me entretendría”, pero a Arturo esa idea le pareció absurda ¿tú tocar la flauta? Ni siquiera distingues las notas, eres incapaz de aprender, no tienes oído. Y aquella noche Arturo apareció con un hermoso tocadiscos y lo ató a la casa de Clementina mientras decía “Así no lo perderás, eres tan distraída”. Clementina le dio las gracias, pero antes de dormirse estuvo pensando por que tenía que llevar a cuestas aquel tocadiscos tan pesado en lugar de una flauta ligera, y si era verdad que no hubiese llegado a aprender las notas y que era distraída, pero después avergonzada, decidió que tenía que ser así puesto que Arturo tan inteligente lo decía, suspiró resignada y se durmió.





Durante algunos días Clementina escuchó el tocadiscos. Después se cansó, era de todos modos un objeto bonito y Clementina se entretuvo limpiándolo y sacándole brillo, pero al poco tiempo volvió a aburrirse y un atardecer mientras contemplaba las estrellas a orillas de un estanque silencioso, Clementina dijo “Sabes Arturo, algunas veces veo las flores tan bonitas y de colores extraños que me dan ganas de llorar, me gustaría tener una caja de acuarelas y poder pintarlas”. ¡Vaya idea ridícula, te crees artista! Qué bobada y reía, reía.

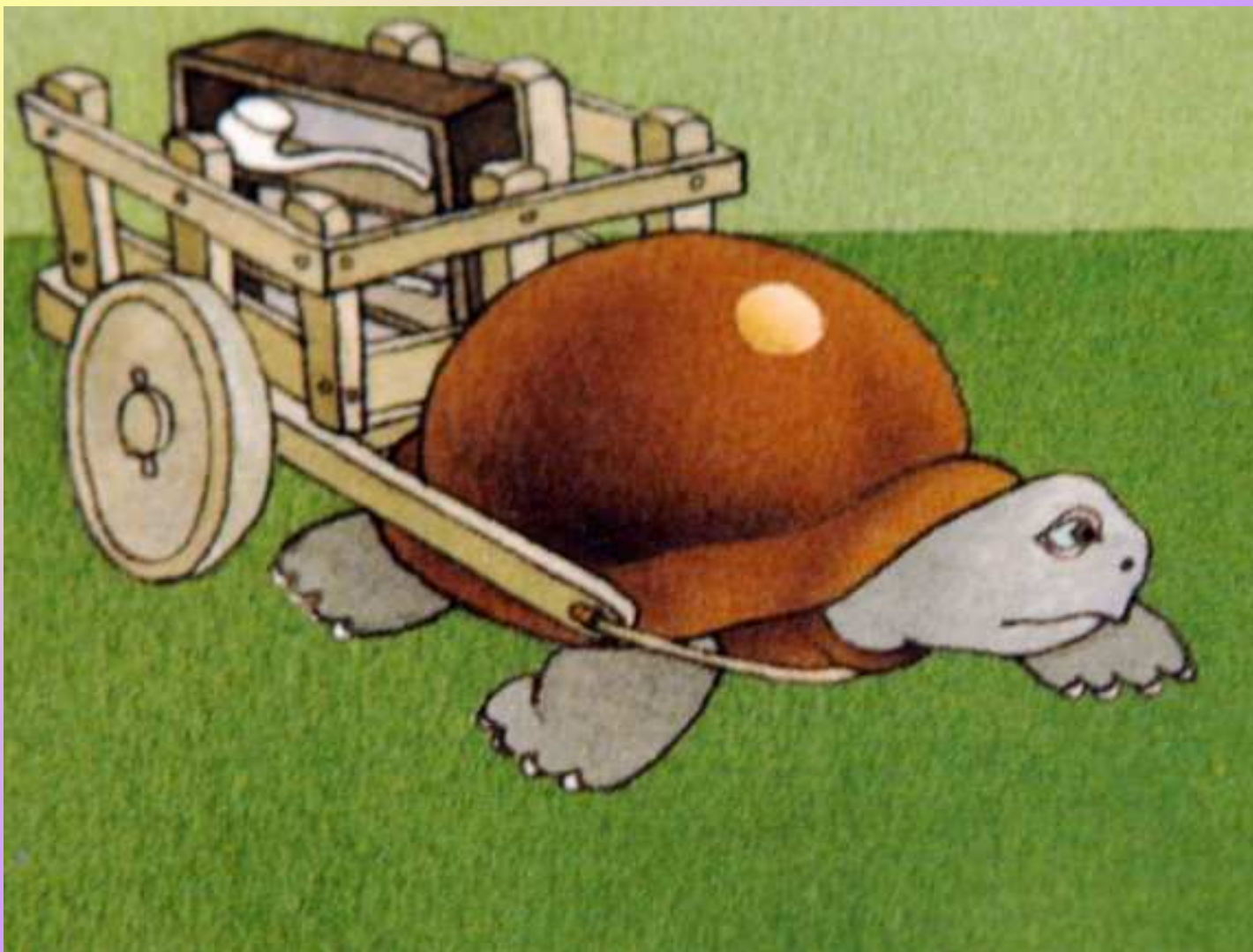
Clementina pensó, “vaya he vuelto a decir una tontería, tendré que andar con cuidado o Arturo va a cansarse de tener una mujer tan tonta” y se esforzó en hablar lo menos posible. Arturo se dio cuenta enseguida y afirmó “Tengo una compañera aburrida de veras, no habla nunca y cuando lo hace no dice más que disparates” pero debió sentirse culpable. A los pocos días se presentó con un paquetón: “mira he encontrado a un amigo mío pintor y le he comprado un cuadro para tí. ¿Estarás contenta? Decías que el arte te interesa pues ahí lo tienes, átatelo porque con lo distraída que eres, ya veo que acabarás por perderlo.

La carga de Clementina aumentaba poco a poco, un día se añadió un florero de murano ¿no decías que te gustaba Venecia? Tuyo es, átaló bien para que no se te caiga, eres tan descuidada; otro día llegó con una colección de pipas austríacas dentro de una vitrina, después una enciclopedia que hacía suspirar a Clementina, “Si por lo menos pudiera leer” llegó el momento en que fue necesario añadir un segundo piso a la casa de Clementina.

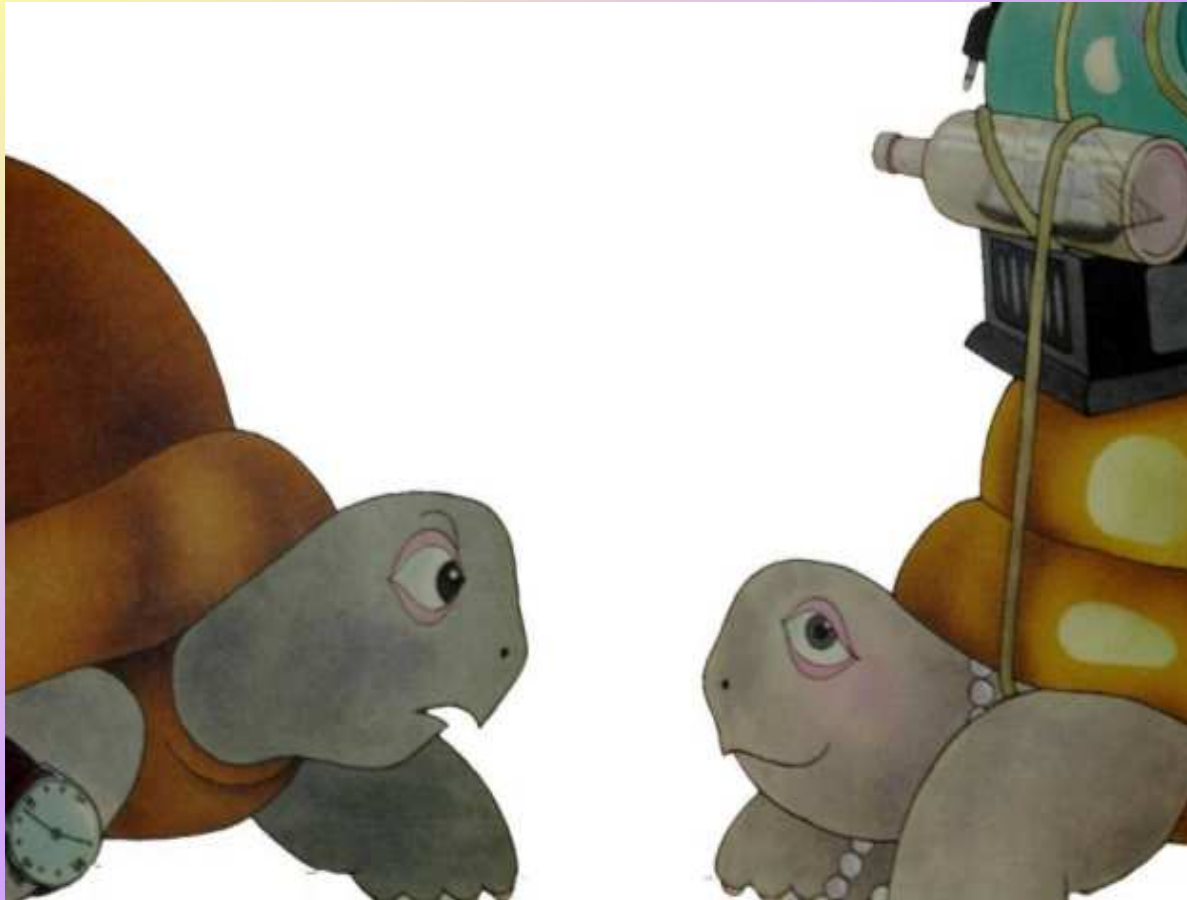
Clementina, con la casa de dos pisos a sus espaldas ya no podía moverse, Arturo le llevaba la comida y esto la hacía sentirse impotente, él siempre le decía ¿Qué harías tú sin mi? Claro, suspiraba Clementina “qué haría yo sin ti”.

Poco a poco la casa de dos pisos quedó completamente llena, pero ya tenía una solución, tres pisos más se añadieron a la casa de Clementina, hacía mucho tiempo que la casa de Clementina se había convertido en un rascacielos.





Clementina una mañana de primavera decidió que aquella vida no podía seguir por más tiempo, salió sigilosamente de la casa y se dio un paseo, fue muy hermoso pero muy corto. Arturo volvía a casa para el almuerzo y debía encontrarla esperándolo como siempre.



Pero poco a poco, el paseíto se convirtió en una costumbre y Clementina se sentía cada vez más satisfecha de su nueva vida. Arturo no sabía nada pero sospechaba que ocurría algo ¿De qué demonios te ríes, pareces tonta? le decía, pero Clementina esta vez no se preocupó en lo absoluto. Ahora salía de la casa y en cuanto Arturo volvía la espalda la encontraba cada vez más extraña, y la casa más desordenada, pero Clementina empezaba a ser verdaderamente feliz y los rezongos de Arturo no le importaban ya.



Y un día Arturo encontró la casa vacía, se enfadó muchísimo, no entendió y años más tarde seguía contándoles a sus amigos: “Realmente era una ingrata la tal Clementina, no le faltaba nada, veinticinco pisos tenía ya su casa y todos llenos de tesoros”.



Las tortugas viven muchos años, y es posible que Clementina viaje feliz por el mundo, es posible que toque la flauta y haga hermosas acuarelas de plantas y flores. Si encuentras una tortuga sin casa, intenta llamarla. ¡CLEMENTINA, CLEMENTINA! Y si te contesta, seguro que es ella.

